

crítico no revolucionario, es decir, no comunista, si se atreviera a examinar desde un punto de vista personal los acontecimientos de la revolución bolchevique. Pero, a pesar de eso, está muy bien.—
M. R.



UN PANORAMA POLÍTICO DEL MUNDO

Para aquellos que deseen acercarse o conocer en parte la violenta crisis económica y política que sacude, al terminar el año 1931, los cimientos de Europa, el libro del escritor francés Paul Louis, *Panorama Político del Mundo* (1) ofrece una síntesis muy interesante. El dilema planteado por Louis a la civilización occidental, es el de la guerra o la revolución social. La tesis del autor está saturada de pesimismo; pero proviene éste, como el de casi todos los escritores europeos del momento, de las amargas desilusiones dejadas por la guerra, que no solucionó ningún conflicto y, por lo contrario, creó otros irreductibles, y por la extrema crisis económica, que ha arrojado sobre el mundo extensas mareas de desocupados. Louis analiza los orígenes de la guerra y el secreto de los tratados posteriores o simultáneos. Se camina a lo largo de este libro, en medio de revelaciones y de ángulos de sorpresa. Los tratados secretos, que pesaron mucho en las Conferencias de la Paz, y que pesan hoy con no menor gravedad

en el Estatuto de la Europa nueva, organizaban la expoliación de una parte del continente por la otra. Los vencedores no tuvieron escrúpulos de ninguna especie, y sin preocuparse de las preferencias de las poblaciones, fueron transferidas de un dominio a otro en los Balcanes, en el Danubio, en la Europa del Nordeste, lo mismo que en las colonias. Cuando América entró en la guerra mundial, el coronel House, el enviado de Wilson, pidió a Balfour, Ministro británico de Negocios Extranjeros, que se le dieran a conocer los Tratados negociados entre los aliados, para el reparto del botín. Todo esto consta en los papeles íntimos de House, publicados en París en 1930. Balfour, al decir de House, manifestó alguna repugnancia por el espectáculo que habían dado las Cancillerías. Existían el Tratado de Londres, de 1915; el de Saint Jean de Maurienne, de 1917, y, además, las cláusulas que impuso el Japón para cobrarse en China y en Oceanía.

Louis deduce que los tratados secretos han dado a la guerra su verdadero sentido; no fué más que un choque de los imperialismos, pretendiendo cada potencia arrebatar a la vecina territorios y mercados. Este dato basta. Pero las consecuencias fueron funestas. Tan funestas que a varios años de distancia la situación del mundo, lejos de arreglarse, se desconcertó, y especialmente en el dominio de la producción y del cambio. Jamás—expresa Paul Louis—había suscitado la guerra tantos daños materiales, ni había destruido tantos

(1) Ediciones Oriente. Madrid, 1931.

hombres válidos, en plena fuerza de trabajo y de consumo; pues, por lo que toca a su trabajo, primero, y a su consumo, después, es por lo que han de ser considerados esos hombres. Por otra parte, los pueblos habían aprendido a llevar una existencia ficticia, aclimatando en sus respectivos países fabricaciones artificiales, a las que no podían proveer sino a costa de inverosímiles gastos. Cuando volvió la normalidad, esas fabricaciones, en virtud de los gastos ingentes que demandaban, hubieron de ser abandonadas. Las masas de desocupados se unieron a las tropas descontentas que regresaban del frente, agotadas y decepcionadas por los horrores de la guerra y dieron vida a los sombríos fermentos sociales y económicos, con los cuales lucha Europa en este momento.

Hubo un período de producción intensa,—agrega—porque la demanda de objetos manufacturados, de materias primas e incluso de artículos alimenticios, no conocía límites. Pero en los regímenes de hoy, la producción intensa conduce infaliblemente a la superproducción, como la superproducción al *crack*. «El período inmediatamente posterior al término de la guerra se caracteriza por una actividad industrial inmensa. En los países vencedores, como en los países vencidos, se habían edificado, al amparo de la guerra, fortunas gigantescas. La gente se enriquecía o se arruinaba en pocas horas. Alemania conoció las vicisitudes febriles de la fluctuación del marco. Pero pronto los países europeos comenzaron a lle-

narse de ejércitos de desocupados. La racionalización, que tomaba gran incremento en América y en Europa reducía el personal de las fábricas en los momentos mismos en que el mercado de los productos se hallaba saturado. La entrada del elemento obrero en la estructura política y económica del Viejo Mundo, es un suceso de honda trascendencia para su destino».

«Ya no se trata, escribe Louis, de un fenómeno excepcional, ligado a los momentos de crisis, sino de un fenómeno crónico que subsistía una vez disipada la crisis. El ejército de reserva de los obreros sin trabajo iba a desempeñar, en la vida interna de los estados, en su vida económica, un papel cada vez más importante, bien porque costara sumas considerables a los presupuestos, en donde se hallara establecido el socorro de paro, bien porque crease un foco revolucionario de duración ilimitada.»

De este modo, las consecuencias de la guerra, provocada por orgullosos y ciegos impulsos imperialistas, desequilibró la economía europea y continúa ejerciendo un reflejo agotador sobre los regímenes sociales y políticos del mundo. A períodos de producción intensa, desde 1918 a 1930, suceden etapas de saturación y de anemia. Europa, y con ella toda la América, ha tenido que luchar con déficits financieros colosales, con inflaciones precipitadas y con depreciaciones desastrosas de la moneda. Acumulaciones inmensas de capital se han verificado en beneficio de unos, en tanto que los otros veían escapárseles todos

los recursos y la clase media se proletarizaba. Examínese como se quiera el fenómeno: la situación es casi idéntica en su contenido para todos los países. La desocupación crea fermentos que se ensanchan a todo lo largo de un organismo político y económico, y producen los estallidos que los gobiernos reprimen por la fuerza. La democracia liberal del siglo XIX hizo crisis en su contacto con la guerra. Del mismo modo que los instrumentos del capital financiero atraviesan ahora la más angustiosa y decisiva de sus etapas. No hay un país en el mundo en el que después de la guerra las masas populares, no se hayan sentido arrastradas por la renovación y en el que las instituciones políticas y la estructura social no hayan sido puestas a prueba. La miseria económica crea una solidaridad irreductible; crea, además, un impulso febril de lucha. Este es el punto álgido de Europa. Pues la guerra no sólo vigorizó en forma nunca vista a las plutocracias que nunca conocieron tales facilidades de lucro ni semejantes posibilidades de dominación, sino que anarquizó a las masas proletarias y destruyó a la clase media que hasta entonces había vivido del comercio y de la industria. El fenómeno alemán, por ejemplo, es sintomático. Allí la pequeña burguesía, la del comercio y la de las granjas está aniquilada. La crisis obliga a la reducción implacable para subsistir y, por tanto, el comercio está a las puertas de la ruina. La clase media que representaba el equilibrio entre las fuerzas sociales en lucha, está en falencia o se proletariza.

Un hecho existe de innegable realidad: Europa se arma o está ya armada como nunca lo estuvo antes de 1914. La experiencia no le ha servido de nada y a despecho de las conversaciones sobre desarme, cada gobierno sólo piensa en estar listo para una guerra. Para aminorar la crisis cada potencia se rodea de un cerco aduanero. El mercado internacional se fracciona hasta lo infinito y las represalias que se ejercen provocan hostilidades y crean tensiones. Los Estados no pueden ahora, como antes, encontrar nuevas salidas con la colonización, ya que ambos hemisferios están ocupados y sólo la conquista de un territorio por la violencia puede aumentar los dominios existentes. Para mantener la estructura social y política en crisis, la mayoría de los Estados europeos ha erigido dictaduras tiránicas y feroces. Una racha violenta de autoridad, con derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos, cruza por encima de la vieja civilización occidental que había creado al hombre libre, con sentido de su conciencia.

El libro de Paul Louis plantea con gran claridad los innumerables problemas sociales y económicos que Europa sufre en este momento. Analiza los orígenes de la guerra en cuadros de viva documentación, los relaciona con el actual estado de terror de los países europeos, examina con criterio libre los gobiernos dictatoriales y deduce las trágicas consecuencias que una nueva guerra desencadenaría en el Viejo Mundo. Así, en páginas de innegable interés, claras y breves, el autor fran-

cés presenta un cuadro animado de la Europa de actual, en el orden político, social y económico.—*Domingo Melfi*.

TÉCNICA DEL GOLPE DE ESTADO,
Curzio Malaparte, 1931.

He aquí un libro pleno de interés de actualidad. Nuestro tiempo problemático, e inquietante, señala un prodigioso avance del cálculo organizador en todas las esferas de la vida. Estamos bajo el signo de la técnica. Y es que estamos en un período de vertiginosa disgregación de los viejos valores culturales, de los sentimientos hereditarios y de las fuerzas políticas que constituían, hasta no hace mucho, el fundamento de la sociedad occidental.

Donde más ásperamente resalta la anarquía moral de nuestros días es en el dominio de los problemas del Estado. Minado por las violencias de la bancarrota económica del capitalismo, asaltado por la ola creciente de los elementos proletarios movidos por un invencible instinto de vida, el ineficaz Estado que surgió de la Revolución Francesa, empieza a desmoronarse sin remedio. Ninguna fuerza política estable lo afianza. Y los golpes de Estado, reaccionarios o revolucionarios, se suceden con inusitada frecuencia. Es, entonces, de singular interés conocer la técnica del golpe de Estado.

Lo más valioso en el libro de Malaparte es el análisis que hace del golpe de Estado bolchevique, con gran acopio de datos inteligentemente interpretados. Para él la

figura eje de la revolución de Octubre fué Trotsky. A su concepción técnica de la insurrección, a su admirable distribución de las fuerzas, a su enérgica rapidez en la ejecución del plan, se debe el éxito feliz del partido comunista en su asalto al poder estatal. Sin dejar de reconocer la significación intelectual y política de Lenin, Malaparte considera que no es él sino Trotsky el genial organizador de la victoria bolchevique.

De la revolución de Octubre se desprenden claros principios tácticos que deben ser objeto de reflexión para los enemigos y los defensores de un orden estatal cualquiera. En primer lugar, hay que considerar el golpe de Estado como un problema de naturaleza técnica. Una intencional revolución, dentro de una gran ciudad moderna, debe procurar antes que todo, lograr el control de los órganos vitales de la sociedad: correos, telégrafos, teléfonos, ferrocarriles, en general, servicios públicos indispensables. Un grupo relativamente poco numeroso, de hombres decididos y capaces de manejar esos servicios, puede, según la concepción de Trotsky, apoderarse en cualquier momento del Estado.

El error de algunos movimientos revolucionarios como el de Kapp, en Alemania, estuvo en que su objetivo primordial no fué la conquista violenta de los organismos técnicos vitales del Estado sino el dominio de los resortes administrativos y políticos: Ministerios, parlamento, casa de Gobierno, etc. Por el contrario, en la insurrección comunista, fué despreciada la ma-